

Futuro: posibilidad de ser

FRANCISCO MACÍAS

Universidad Autónoma del Estado de México

El tiempo, curiosamente, ha sido tratado por diversas disciplinas del saber humano: la física, la biología, la historia, la religión, la filosofía..., pero ninguna de estas áreas lo ha definido cabalmente. Incluso, para comprenderlo mejor, se le ha dividido en tres: pasado, presente y futuro; para los dos primeros hay una materia de estudio específica. A la historia le corresponde el pasado y su repercusión en el presente —no obstante, algunos estudiosos contemporáneos insisten en que la historia es una relación pasado-presente-futuro—. A la política le toca el estudio del presente y su injerencia en el futuro. Pero ¿a qué disciplinas corresponde estudiar el futuro?

Parece que el futuro no es objeto de estudio de ningún área del conocimiento, porque es algo que todavía no sucede, que es desconocido y, por ende, no se puede examinar. Mas aunque parezca contradictorio, esta dimensión temporal ha sido estudiada en diferentes ámbitos y ha dado origen a diversas disciplinas; entre ellas, la escatología y la apocalíptica, que surgieron luego de que algunas creencias religiosas abordaron el futuro a partir de preocupaciones milenaristas, diversos mesianismos y los mitos del fin del mundo. Todas estas perspectivas están encaminadas a buscar certidumbres sobre el futuro de la humanidad. Ahora bien, en el terreno de la ideología se han generado, entre otras, las utopías de Moro, Marx y Platón, y en el de las ciencias, tanto naturales como sociales, se ha apostado por el uso de la ‘prospectiva’ (véase Pagès y Santisteban, 2008: 206-207) para una mejor construcción del futuro social.

El término ‘prospectiva’ se utiliza en diferentes ciencias; por ejemplo, en economía se habla de la prospectiva de pérdidas y crecimiento en una región geográfica; en historia, la prospectiva se encuentra relacionada con el prever y el proyectar (Pagès y Santisteban, 2008: 208) con objeto de generar un futuro posible, mejor que el presente, y en filosofía, ligado al concepto de posibilidad, la prospectiva se presenta como proyección, se afirma que el ser humano es un proyecto,¹ pues no está predeterminado ni se puede decir que esté definido o acabado desde el momento de su estar en el mundo. Esto nos remite a la concepción existencialista del ser humano: la existencia precede a la esencia o, en otras palabras, el hombre no nace, se hace.

1 En la terminología heideggeriana, el término ‘proyecto’ debe ser entendido como “lo que está lanzado hacia adelante”, y el adelante es el futuro (Heidegger, 2009: 164).

Para los existencialistas, un hombre se va construyendo con base en sus acciones, en su actuar y, sobre todo, en las decisiones que se le presentan a diario. De esta forma se entiende cómo el ser humano es un proyecto inacabado, en proceso, que no termina a cierta edad, sino que se lleva una vida entera realizarlo.

Este ensayo tiene como finalidad mostrar que el ser humano, como proyecto que es, sólo puede constituirse en relación con el futuro en tanto construye sus posibilidades a base de elecciones, golpes de fe y de su actuar diario.

EL SER HUMANO EN SITUACIÓN

Cuando pensamos en el hombre, nos asombran las vertientes por las que podemos estudiarlo: desde el análisis de su lenguaje hasta sus reflexiones en torno a Dios, desde el examen de su actuar diario al descubrimiento del ser que es en sí mismo. Sin embargo, regularmente pasamos por alto que este hombre es un ser en situación, que se encuentra en un aquí y un ahora, un espacio donde es y un tiempo donde despliega su ser.

Esta situación se encuentra precedida por un pasado, por las bases sobre las que se está edificando este ser; además, permite modelar el futuro que pretende tener, un ideal que lo impulsa y lo anima a desplegar toda su fuerza. El pasado se muestra como los cimientos del ser humano, y el futuro, como el ideal que moldea su ser: “Nuestra herencia es el pasado visto en continuidad con nuestro presente, un pasado en el que nos sentimos cómodos porque aquellos aspectos que le dan su nombre son precisamente los aspectos que todavía se encuentran alrededor de nosotros, e incluso dentro de nosotros” (Hannay, 2010: 533-534). El presente, la dimensión en la que nos movemos, es el punto de unión de las otras dos dimensiones temporales. Sin pasado no seríamos lo que somos. Sin futuro, motor que nos proyecta, no habría motivo para seguir adelante ni posibilidad de llegar a ser. Desde una perspectiva existencialista, somos pasado-presente-futuro de uno mismo, unidos en un solo instante, en nuestro aquí y ahora.

Sin duda, las tres dimensiones temporales, junto con la dimensión espacial, son importantes; pero ¿qué es aquello que nos impulsa a ser? Cuando nos detenemos a pensar un momento esta cuestión, nos percatamos de que el pasado ha quedado atrás, aunque forme parte del ahora (porque el presente es un futuro concretado del pasado).² El presente nos ocupa, pero debemos afrontar los modos de ser de acuerdo con las decisiones que se tomaron en el pasado. El futuro nos

2 Para Heidegger, “el Dasein es su pasado en la forma propia de su ser, ser que, dicho elementalmente, ‘acontece’ siempre desde su futuro” (2009: 41).

preocupa, tratamos de adelantarnos para poder ser algo más de lo que ahora somos o, en palabras de Kierkegaard (1984), queremos llegar a ser sí mismos.

POSIBILIDAD DE SER

Retomando la ideas de que el hombre, desde una perspectiva existencial, es la unión entre pasado-presente-futuro y de que el futuro es aquello que lo incita a ser sí mismo, tenemos que distinguir las posibilidades que se le presentan.

Partimos de la siguiente afirmación: la posibilidad sólo se manifiesta en el futuro, esto es, la posibilidad moldea el ser del hombre con la pretensión de ser sí mismo. Pero la posibilidad no sólo se presenta como la opción que cada hombre tiene delante de sí, sino que, además, se muestra como aquello que no será realizado, que se quedará en la mera idealidad. La posibilidad deja ver su lado no-posible.

La posibilidad [...] ejerce una doble función dialéctica en el alma. En primer lugar, por medio de la posibilidad el alma puede *representarse* de maneras infinitas sin que el tiempo sea obstáculo para esto, puede construir racionalmente las normas a las que debe sujetar su existencia, universalizando lo concreto; puede idear esquemas en donde la realidad quede finalmente resuelta; en una palabra, por medio de la posibilidad el alma pretende asegurar el rumbo de su propia existencia. Sin embargo, la posibilidad, por su mismo carácter abierto, se convierte para la conciencia del yo en angustia; pues la condición para que todo sea posible es que nada sea real, ya que la determinación de lo real se encuentra en el límite de la posibilidad (Guerrero, 1993: 87).

Cuando el hombre se constituye en la posibilidad, todo le está permitido, no hay un límite que le indique lo contrario, aunque esto provoca que se extravíe en los 'derroteros de la posibilidad'. Podríamos pensar que, por hablar de las infinitas posibilidades, los senderos son inmensos, pero éstos se reducen a dos: el deseo de ser y la añoranza de llegar a ser sí mismo, y el de la melancolía de la existencia al percatarse de que las posibilidades que se tienen no son realizables (véase Kierkegaard, 1984: 68).

Explicemos lo anterior. Por un lado, la posibilidad se muestra como potencia de ser sí mismo, el deseo de ser (véase Abbagnano, 1978: 163). El hombre, en su idealidad, construye futuros que pueden concretarse, puede ser todo lo que quiera, con la única condición de que se decida a ser algo, lo más ambicioso sería ser sí mismo. Los futuros posibles que el hombre construye en su idealidad son los motores que lo incitan a vivir de una manera única, ya que nadie más tiene en mente esos proyectos. La posibilidad de

ser se deja ver a manera de abanico, donde los senderos son variados y el hombre quisiera recorrerlos todos para no perderse de nada. Sacrificar una de las opciones que ha concebido le duele mucho, por lo que preferiría no deshacerse de ninguna de ellas y quedarse en el lugar en el que está, para no sentir el dolor de desprenderse de una parte de sí mismo.

Por otro lado, la posibilidad también implica la nulidad de lo realizable, lo cual causa melancolía al ser humano (véase Abbagnano, 1978: 163). Si tenemos en cuenta que cuando pensamos en algo que queremos hacer nos vienen a la cabeza muchas formas probables de hacerlo, incluso podemos tener proyectos alternos, pero sólo uno de ellos puede llegar a ser. Los demás, aquellos proyectos que se han descartado, pasan al lado de la imposibilidad, de aquello que no podrá ser, al menos en ese momento. Esto causa intranquilidad en el hombre, ya que no se siente a gusto, la posibilidad de lo imposible lo incomoda, la melancolía lo afecta de forma negativa impidiéndole llegar a ser.

Así, la posibilidad deja ver sus dos caras: aquella que ayuda al ser humano a conformarse como lo que quiere ser y aquella que le muestra que no todo lo que se piensa puede ser llevado a la realidad. Por tal motivo, Kierkegaard decía: “When I think something which I propose to do but have not yet done, the content of this conception, no matter how exact it may be, if it be ever so much entitled to be called a conceived reality, is a possibility” (1941: 285).³ El pensador danés expresa en una sola frase el carácter dual de la posibilidad, al momento de pensarla, al mantenerla en potencia infinita, esa idea es viable de ser; pero cuando enuncia el ‘me propongo hacer, pero aún no la he hecho’, resalta el lado de la imposibilidad, porque esta posibilidad sólo puede quedarse en una simple intención.

Al considerar los dos destinos de la posibilidad en la existencia, nos vemos en la necesidad de decidir entre las diferentes alternativas que se han creado en el pasado y que deben concretarse en el presente. Las posibilidades, varias veces, se muestran contradictorias entre sí, y el hombre debe sacrificar la mayoría de ellas para optar por una sola y hacerse uno con esa posibilidad.

En muchas ocasiones, el hombre no puede elegir porque no encuentra correlación entre las posibilidades que se le presentan y su vida, no halla cómo concretar el pensamiento en la realidad, ya que cuando una posibilidad se realiza da pie a otras posibilidades que, a su vez, implican nuevas elecciones. En el proceso de elección, el ser humano siente desgarrarse a sí mismo debido al sacrificio que tiene que hacer, pues una de las reglas en la elección es que solamente se puede escoger una de las opciones que se plantean.

3 “Cuando yo pienso algo, lo cual me propongo hacer pero no lo he hecho aún, el contenido de esta concepción, no importa cuán exacta pueda ser, si esto le da derecho a ser llamada una realidad concebida, es una posibilidad” (traducción, Francisco Macías).

Una elección siempre está encaminada a ayudar al hombre para constituirse a sí mismo, porque al inclinarse por una de las opciones se elige a sí mismo, que es “una elección absoluta porque no es la elección de una determinación finita cualquiera (que nunca es el ‘sí mismo’) sino la elección de la libertad: o sea la libertad misma” (Kierkegaard citado en Abbagnano, 1978: 165).

EL SER HUMANO EN PROYECCIÓN

Al no poder desprenderse de la elección, y con el propósito de formarse a sí mismo, el ser humano tiende a idear proyectos y a dejar pendientes algunas ideas que pretende efectuar después. La posibilidad siempre está presente en el instante de la elección y en el de la creación de proyectos para ser sí mismo.

¿Por qué planear? ¿Con qué intenciones el ser humano construye proyectos que, en muchas ocasiones, no se realizarán? En un primer momento, y con el afán de parecerse a los dioses, el hombre pretende anticiparse a su futuro. Con el fin de no cometer errores por sus decisiones, cada ser humano planea lo que hará al día siguiente. Se mueve bajo el imperativo hipotético de “si hago esto podrá pasar aquello”. Por tal motivo, el ser humano prefiere realizar este ejercicio de forma intelectual y no arriesgarse a fracasar en un futuro no muy lejano. Piensa que con ello se ha librado del error en el futuro, un error que se pudo convertir en acierto y que pudo abrir nuevas posibilidades de ser.

En muchos casos, anticiparse al futuro, en vez de acarrear un resultado positivo, trae renunciadas previas a proyectos que aún no se han terminado. La renuncia previa podría evitar desvelos futuros, pero anula la posibilidad de enfrentarse a nuevos proyectos, a posibilidades que ni siquiera se habían considerado.

En un segundo momento, y no muy alejado del punto anterior, el hombre planea con la intención de evitar problemas y prever acontecimientos a los que no quisiera enfrentarse. Debido a la experiencia conseguida en el pasado, el ser humano se da cuenta de que una mejor planeación evita muchos errores. No obstante, como sucede frecuentemente, se deja de lado la proyección de un futuro posible y las cosas se resuelven en el momento, lo inmediato se superpone a lo significativo. Al no haber planeación, no se examinan los pros ni los contras que cada elección acarrea; simplemente se opta por decidir y, cuando debe responder por aquella elección, el hombre quiere huir de sí y de quien lo acusa por no haber previsto aquel desenlace.

Pero sobre todo, el ser humano planea para poder ser sí mismo. El futuro se le muestra como el motor que lo incita a ser, que lo invita

a seguir caminando hacia el objetivo proyectado. Sin ese futuro, la existencia se vería vacía, porque aquello por lo que se ha trabajado no tendría razón de ser.

Esto nos lleva a preguntarnos cómo debemos concebir el futuro. En primer término, no podemos creer que toda vivencia venga del futuro y que haya sido acarreada hasta el presente para poder experimentarla. De ser así, nuestro destino estaría ya trazado y sólo tendríamos que afrontarlo, por lo que el ser de cada quien se vería inmerso en la angustia y desesperado al no poder hacer nada por sí mismo, ya que todo estaría predispuesto. Los proyectos no tendrían razón de ser. Las posibilidades serían vanas.

Para que las proyecciones sean factibles, debemos concebir el futuro como el horizonte de nuestro ser, la meta que queremos alcanzar, ya que nuestra existencia es la flecha que se lanza, sustentada en las bases construidas en el pasado e impulsada por el deseo de ser. El futuro no es algo que se imponga desde el exterior, sino que, al igual que nuestro pasado forjó el presente, éste produce, a cada momento, el futuro que queremos tener. En palabras de Merleau-Ponty, “el presente es la consecuencia del pasado y el futuro la consecuencia del presente” (1975: 419).

Proyectar nos permite, de alguna forma, responder al deber que Kierkegaard (2007b) nos encomienda en *Estética y ética en la formación de la personalidad*: “El deber de todo hombre es tener una vocación”. El llamado hace viable la posibilidad de planear para responder de manera clara a esa vocación. Planear es un acto personal y autónomo, por lo que el sujeto debe conocer y reconocerse en ese proyecto, de otra forma no podrá llevarlo a cabo. Planear nos permite analizar y comprender aquellas posibilidades que se nos presentan; tomarlas a la ligera genera efectos de los que podemos decepcionarnos y, de este modo, arrepentirnos de las elecciones tomadas.

EL SENTIMIENTO DEL FUTURO: LA ANGUSTIA

¿Qué nos causa pensar en el futuro?, ¿cuáles son las sensaciones que experimentamos al proyectar aquello que queremos ser? Cuando nos enfrentamos —aunque sea de forma hipotética— al futuro que queremos construir, la emoción se encuentra al máximo nivel, las manos nos sudan, la transpiración del cuerpo es constante, los ojos no se despegan del suelo que pisan los pies, tratando de aferrarse a la realidad en la que se encuentran, pero la mente contradice los ojos, haciendo que los pensamientos se alejen de ese instante y quieran hurgar en el futuro; la ansiedad se deja sentir, pues aunque el hombre trate de aferrarse a la seguridad de la realidad en que vive, no puede dejar de pensar en el porvenir.

Al enfrentarse al futuro, sobre todo cuando se trata de elegir, la angustia se apodera del ser humano, debido a que éste ignora las consecuencias de sus decisiones. Cada hombre tiene que elegir una u otra opción, pero no sabe qué resultará de ello, y justo en ese instante se presenta la angustia, toda vez que se le concibe como “la realidad de la libertad en cuanto posibilidad frente a la posibilidad” (Kierkegaard, 2007a: 88). La libertad se presenta como una elección entre las posibilidades creadas por uno mismo para construir el futuro.

El ser humano se angustia al desconocer los resultados de sus elecciones. Se siente alegre por elegir en favor de sí mismo y triste por renunciar a otras opciones que, al igual que la elegida, pudieron hacerlo un individuo singular. Si cada hombre pudiera conocer lo que sucederá con la realización de cada posibilidad, la angustia desaparecería, porque sabría en ese instante cuál elegir.

La angustia equivale a la “ignorancia que viene determinada por el espíritu” (Kierkegaard, 2007a: 91), una ignorancia que no es de orden epistémico, sino marcada por el desconocimiento del futuro de cada uno. Nos angustiamos por no saber qué pasará mañana, en tres horas o enseguida de haber tomado una decisión. Tratamos de comprender e imaginar el momento siguiente y eso nos angustia. Blaise Pascal hace un análisis parecido en los *Pensamientos*, afirma que “jamás nos atenemos al tiempo presente. Nos anticipamos al porvenir como algo demasiado lento en llegar, como para acelerar su curso” (2005: 79), debido a la incertidumbre que nos acecha. De esta forma, la angustia encarna el puro sentimiento de la posibilidad: “El hombre vive en el mundo de posibilidades, ya que la posibilidad es la dimensión del futuro y el hombre vive proyectado de continuo hacia el futuro” (Abbagnano, 1974: 73-75).

No nos preocupa el pasado, éste ha quedado atrás; el presente nos ocupa, estamos en él y tenemos que vivir de acuerdo con lo que cada uno ha ido formando para hacer valer sus posibilidades; el futuro nos pre-ocupa, nos angustia, ya que no sabemos qué va a suceder con cada uno de nosotros. La ignorancia de ese futuro tan próximo hace que el ser humano se pierda en elucubraciones sobre el porvenir, se angustie y quiera asemejarse a Dios para poder conocer el futuro que le espera: trata de comerse su existencia de un solo bocado.

La incertidumbre que el futuro trae consigo nos causa inseguridad, porque pensamos que el porvenir nos prepara algo; pero es mejor creer que cada hombre va forjando su futuro desde el presente con la fuerza de sus elecciones. El único problema es que no hay nada cierto ni seguro, el destino deseado está oculto por una capa de niebla que aumenta nuestra angustia. El futuro se vislumbra, se intuye o prefigura, se muestra sin mostrarse en cada elección que se toma, pero se vuelve a esconder; constituye el motor que nos impulsa a seguir en el sendero de

la vida, es nuestra razón de ser. Somos aquello que proyectamos y este proyectar nos determina cuando elegimos entre las opciones que se nos presentan. Somos lo que proyectamos, somos lo que elegimos ser.

CONCLUSIONES

El ser humano debe elegir entre las posibilidades que proyecta. Al elegir una, abre el horizonte de nuevas posibilidades que pueden, o no, concretarse en la realidad. Nuestro pasado marcó nuestro presente y éste marcará nuestro futuro.

El futuro es la meta que debemos alcanzar mediante nuestras acciones y decisiones. Elegir nos permite forjar el futuro que deseamos tener, en lugar de uno impuesto desde el exterior. Curiosamente, participamos en una carrera donde lo más importante no es ganar, sino el futuro que se va formando, el camino que se va recorriendo y construyendo.

REFERENCIAS

- Abbagnano, Nicola (1974), *Diccionario de filosofía*, México, FCE.
- Abbagnano, Nicola (1978), *Historia de la Filosofía*. Vol. 3, Barcelona, Montaner y Simón.
- Guerrero Martínez, Luis (1993), *Kierkegaard: Los límites de la razón en la existencia humana*, México, Sociedad Iberoamericana de Estudios Kierkegaardianos.
- Hannay, Alastair (2010), *Kierkegaard: una biografía*, México, Universidad Iberoamericana.
- Heidegger, Martin (2009), *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta.
- Kierkegaard, Sören (1941), *Concluding Unscientific Postscript*, Princeton, Princeton University Press.
- Kierkegaard, Sören (1984), *La enfermedad mortal*, Madrid, Sarpe.
- Kierkegaard, Sören (2007a), *El concepto de la angustia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Kierkegaard, Sören (2007b), *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida II*, Madrid, Trotta.
- Merleau-Ponty, Maurice (1975), *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Ediciones Península.
- Pagès, Joan y Antonio Santisteban (2008), "Cambios y continuidades: aprender la temporalidad histórica", en María Jara (coord.), *Enseñanza de la historia. Debates y propuestas*, Neuquén, EDUCO.
- Pascal, Blaise (2005), *Pensamientos*, Madrid, Valdemar.

FRANCISCO MACÍAS ARRIAGA. Licenciado en Filosofía por la Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México. Ha publicado diversos artículos, producto de las ponencias presentadas en congresos, coloquios y encuentros, entre los cuales están: "Por tu acento digital te darás a conocer: El docente del Bachillerato Modalidad Distancia de la UAEMéx" (2012); "Los migrantes digitales y la construcción de los saberes históricos en el Bachillerato Universitario Modalidad a Distancia de la UAEMéx" (2011); "Sören Kierkegaard: discurso sobre la verdad subjetiva" (2011). También ha colaborado en *La Colmena, revista de la UAEM*.